

to edificio : y dexemos esto aqui , Sancho , que si mal gobernares , tuya será la culpa , y mia la vergüenza ; mas consuélome , que he hecho lo que debia en aconsejarte con las veras y con la discrecion á mi posible : con esto salgo de mi obligacion y de mi promesa ; Dios te guie , Sancho , y te gobierne en tu gobierno , y á mi me saque del escrúpulo que me queda , que has de dar con toda la Insula patas arriba , cosa que pudiera yo excusar con descubrir al Duque quien eres , diciéndole , que toda esa gordura y esa personilla que tienes , no es otra cosa , que un costal lleno de refranes y de malicias. Señor , replicó Sancho , si á Vuesa Merced le parece , que no soy de pro para este gobierno , desde aqui le suelto , que mas quiero un solo negro de la uña de mi alma , que á todo mi cuerpo , y así me sustentaré Sancho á secas con pan y cebolla , como Gobernador con perdices y capones , y mas , que mientras se duerme , todos son iguales los grandes y los menores , los pobres y los ricos , y si Vuesa Merced mira en ello , verá que solo Vuesa Merced me ha puesto en esto de gobernar , que yo no sé mas de gobiernos de insulas , que un buytré : y si se imagina , que por ser Gobernador me ha de llevar

el diablo , mas me ³⁵ quiero ir Sancho al cielo , que Gobernador al infierno. Por Dios , Sancho , dixo Don Quixote , que por solas estas últimas razones que has dicho , juzgo que mereces ser Gobernador de mil insulas : buen natural tienes , sin el qual no hay ciencia que valga : encomiéndate á Dios , y procura no errar en la primera intencion : quiero decir , que siempre tengas intento y firme propósito de acertar en quantos negocios te ocurrieren , porque siempre favorece el Cielo los buenos deseos : y vámonos á comer , que creo que ya estos señores nos aguardan.

CAPÍTULO XLIV.

Como Sancho Panza fué llevado al gobierno , y de la extraña aventura que en el castillo sucedió á Don Quixote.

Dicen que en el propio original desta historia se lee , que llegando Cide Hamete á escribir este capítulo , no le traduxo su intérprete como él le habia escrito , que fué un modo de queja que tuvo el moro de sí mismo , por haber tomado entre manos una historia tan seca y tan limitada como esta de Don Quixote , por parecerle

que siempre habia de hablar dél y de Sancho, sin osar extenderse á otras digresiones y episodios mas graves y mas entretenidos, y decia, que el ir siempre atenido el entendimiento, la mano y la pluma á escribir de un solo sugeto, y hablar por las bocas de pocas personas, era un trabajo incomportable, cuyo fruto no redundaba en el de su autor, y que por huir deste inconveniente, habia usado en la primera parte del artificio de algunas novelas, como fuéron la del *Curioso impertinente*, y la del *Capitan cautivo*, que están como separadas de la historia, puesto que las demas que allí se cuentan son casos sucedidos al mismo Don Quixote, que no podian dexar de escribirse. Tambien pensó, como él dice, que muchos llevados de la atencion que piden las hazañas de Don Quixote, no la darian á las novelas, y pasarían por ellas, ó con priesa, ó con enfado, sin advertir la gala y artificio que en sí contienen, el qual se mostrara bien al descubierto, quando por sí solas, sin arriarse á las locuras de Don Quixote, ni á las sandeces de Sancho salieran á luz: y así en esta segunda parte no quiso ingerir novelas sueltas, ni pegadizas, sino algunos episodios que lo pareciesen, nacidos

de los mismos sucesos que la verdad ofrece, y aun estos limitadamente, y con solo las palabras que bastan á declararlos: y pues se contiene y cierra en los estrechos límites de la narracion, teniendo habilidad, suficiencia y entendimiento para tratar del universo todo, pide no se desprecie su trabajo, y se le dén alabanzas, no por lo que escribe, sino por lo que ha dexado de escribir: y luego prosigue la historia, diciendo, que en acabando de comer Don Quixote el dia que dió los consejos á Sancho, aquella tarde se los dió escritos, para que él buscase quien se los leyese; pero apenas se los hubo dado, quando se le cayéron, y viniéron á manos del Duque, que los comunicó con la Duquesa, y los dos se admiráron de nuevo de la locura y del ingenio de Don Quixote, y así llevando adelante sus burlas, aquella tarde enviáron á Sancho con mucho acompañamiento al Lugar, que para él habia de ser Ínsula. Acacció pues, que el que le llevaba á cargo era un mayordomo del Duque muy discreto, y muy gracioso, que no puede haber gracia donde no hay discrecion, el qual habia hecho la persona de la Condesa Trifaldi con el donayre que queda referido, y con esto, y con ir in-

dustriado de sus señores de como se había de haber con Sancho, salió con su intento maravillosamente. Digo pues, que acació, que así como Sancho vió al tal mayordomo, se le figuró en su rostro el mesmo de la Trifaldi, y volviéndose á su señor, le dixo: señor, ó á mí me ha de llevar el diablo de aquí de donde estoy en justo y en creyente, ó Vuesa Merced me ha de confesar, que el rostro deste mayordomo del Duque, que aquí está, es el mesmo de la Dolorida. Miró Don Quixote atentamente al mayordomo, y habiéndole mirado, dixo á Sancho: no hay para que te lleve el diablo, Sancho, ni en justo, ni en creyente (que no sé lo que quieres decir) que el rostro de la Dolorida es el del mayordomo; pero no por eso el mayordomo es la Dolorida, que á serlo, implicaría contradición muy grande, y no es tiempo ahora de hacer estas averiguaciones, que sería entrarnos en intrincados laberintos. Créeme, amigo, que es menester rogar á nuestro Señor muy de veras, que nos libre á los dos de malos hechiceros, y de malos encantadores. No es burla, señor, replicó Sancho, sino que denántes le oí hablar, y no pareció sino que la voz de la Trifaldi me sonaba en los oídos. Aho-

rá bien, yo callaré; pero no dexaré de andar advertido de aquí adelante, á ver si descubre otra señal, que confirme, ó desfaga mi sospecha. Así lo has de hacer, Sancho, dixo Don Quixote, y darásme aviso de todo lo que en este caso descubrieres, y de todo aquello que en el gobierno te sucediere. Salió en fin Sancho acompañado de mucha gente, vestido á lo letrado, y encima un gaban muy ancho de chamelote de aguas leonado, con una montera de lo mesmo, sobre un macho á la ginetá, y detras dél, por órden del Duque, iba el rucio con jaeces y ornamentos jumentiles de seda y flamantes. Volvia Sancho la cabeza de quando en quando á mirar á su asno, con cuya compañía iba tan contento, que no se trocará con el Emperador de Alemaña.

Al despedirse de los Duques, les besó las manos, y tomó la bendición de su señor, que se la dió con lágrimas, y Sancho la recibió con pucheritos. Dexa, lector amable, ir en paz y en hora buena al buen Sancho, y espera dos fanegas de risa que te ha de causar el saber como se portó en su cargo, y en tanto atiende á saber lo que le pasó á su amo aquella noche, que si con ello no rieres, por lo

ménos desplegarás los labios con risa de ximia, porque los sucesos de Don Quixote, ó se han de celebrar con admiracion, ó con risa. Cuéntasé pues, que apenas se hubo partido Sancho, quando Don Quixote sintió su soledad, y si le fuera posible revocarle la comision, y quitarle el gobierno, lo hiciera. Conoció la Duquesa su melancolia, y preguntóle que de que estaba triste, que si era por la ausencia de Sancho, que escuderos, dueñas y doncellas habia en su casa, que le servirian muy á satisfacion de su deseo. Verdad es, señora mia, respondió Don Quixote, que siento la ausencia de Sancho; pero no es esa la causa principal que me hace parecer que estoy triste, y de los muchos ofrecimientos que Vuestra Excelencia me hace, solamente acepto y escojo el de la voluntad con que se me hacen, y en lo demas suplico á Vuestra Excelencia, que dentro de mi aposento consienta y permita que yo solo sea el que me sirva. En verdad, dixo la Duquesa, señor Don Quixote, que no ha de ser así, que le han de servir quatro doncellas de las mias hermosas como unas flores. Para mí, respondió Don Quixote, no serán ellas como flores, sino como espinas que me puncen el alma. Así entra

rán ellas en mi aposento, ni cosa que lo parezca, como volar. Si es que vuestra grandéza quiere llevar adelante el hacerme merced, sin yo merecerla, déxeme que yo me las haya conmigo y que yo me sirva de mis puertas adentro, que yo ponga una muralla en medio de mis deseos y de mi honestidad: y no quiero perder esta costumbre por la liberalidad que Vuestra Alteza quiere mostrar conmigo: y en resolucion ántes dormiré vestido, que consentir que nadie me desnude. No mas, no mas, señor Don Quixote, replicó la Duquesa: por mí digo, que daré orden, que ni aun una mosca entre en su estancia, no que una doncella: no soy yo persona que por mí se ha de descabalar la decencia del señor Don Quixote, que segun se me ha traslucido, la que mas campea entre sus muchas virtudes, es la de la honestidad. Desnúdese Vuesa Merced y vistase á sus solas y á su modo, como y quando quisiere, que no habrá quien lo impida, pues dentro de su aposento hallará los vasos necesarios al menester del que duerme á puerta cerrada, porque ninguna natural necesidad le obligue á que la abra. Viva mil siglos la gran Dulcinea del Toboso, y sea su nombre extendido por toda la redon-

o ij

dez de la tierra , pues mereció ser amada de tan valiente y tan honesto caballero, y los benignos Cielos infundan en el corazón de Sancho Panza nuestro Gobernador un deseo de acabar presto sus diciplinas, para que vuelva á gozar el mundo de la belleza de tan gran señora. Á lo qual dixo Don Quixote : vuestra altitud ha hablado como quien es, que en la boca de las buenas señoras no ha de haber ninguna que sea mala : y mas venturosa y mas conocida será en el mundo Dulcinea por haberla alabado vuestra grandeza, que por todas las alabanzas que puedan darle los mas eloqüentes de la tierra. Agora bien , señor Don Quixote , replicó la Duquesa , la hora de cenar se llega, y el Duque debe de esperar : venga Vuesa Merced, y cenemos, y acostarése temprano, que el viage que ayer hizo de Candaya, no fué tan corto, que no haya causado algún molimiento. No siento ninguno, señora, respondió Don Quixote, porque osaré jurar á Vuestra Excelencia, que en mi vida he subido sobre bestia mas reposada, ni de mejor paso que Clavileño, y no sé yo que le pudo mover á Malambruno para deshacerse de tan ligera y tan gentil cabalgadura, y abrasarla así sin mas ni mas. Á eso

se puede imaginar, respondió la Duquesa, que arrepentido del mal que habia hecho á la Trifaldi y compañía y á otras personas, y de las maldades que como hechicero y encantador debia de haber cometido, quiso concluir con todos los instrumentos de su oficio, y como á principal, y que mas le traia desasosegado, vago de tierra en tierra, abrasó á Clavileño, que con sus abrasadas cenizas y con el trofeo del cartel queda eterno el valor del gran Don Quixote de la Mancha. De nuevo nuevas gracias dió Don Quixote á la Duquesa, y en cenando, Don Quixote se retiró en su aposento solo, sin consentir que nadie entrase con él á servirle: tanto se temia de encontrar ocasiones que le moviesen, ó forzasen á perder el honesto decoro que á su señora Dulcinea guardaba, siempre puesta en la imaginacion la bondad de Amadis, flor y espejo de los andantes caballeros. Cerró tras sí la puerta, y á la luz de dos velas de cera se desnudó, y al descalzarse; ó desgracia indigna de tal persona! se le soltaron, no suspiros, ni otra cosa que desacreditase la limpieza de su policia, sino hasta dos docenas de puntos de una media, que quedó hecha celosía. Aflijióse en extremo el buen

señor, y diera él por tener allí un adarme de seda verde, una onza de plata, digo seda verde, porque las medias eran verdes. Aquí exclamó Benengeli, y escribiendo dixo: ¡ó pobreza, pobreza! no sé yo con que razon se movió aquel gran poeta cordobés á llamarte dádiva santa desagradecida: yo, aunque moro, bien sé por la comunicacion que he tenido con christianos, que la santidad consiste en la caridad, humildad, fe, obediencia y pobreza; pero con todo eso digo, que ha de tener mucho de Dios el que se viniere á contentar con ser pobre, sino es de aquel modo de pobreza, de quien dice uno de sus mayores Santos: tened todas las cosas como si no las tuviesedes, y á esto llaman pobreza de espíritu; pero tú, segunda pobreza (que eres de la que yo hablo) porque quieres estrellarte con los hidalgos y bien nacidos, mas que con la otra gente? porque los obligas á dar pantalia á los zapatos, y á que los botones de sus ropillas, unos sean de seda, otros de cerdas y otros de vidrio? porque sus cuellos, por la mayor parte, han de ser siempre escarolados y no abiertos con molde? (y en esto se echará de ver que es antiguo el uso del almidon y de los cuellos abiertos) y prosiguió: miserable

del bien nacido, que va dando pistos á su honra, comiendo mal y á puerta cerrada, haciendo hipócrita al palillo de dientes, con que sale á la calle, despues de no haber comido cosa que le obligue á limpiárselos: miserable de aquel, digo, que tiene la honra espantadiza, y piensa que desde una legua se le descubre el remiendo del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herrerucllo, y la hambre de su estómago. Todo esto se le renovó á Don Quixote en la soltura de sus puntos; pero consolóse con ver que Sancho le habia dexado unas botas de camino, que pensó ponerse otro dia. Finalmente él se recostó pensativo y pesaroso, así de la falta que Sancho le hacia, como de la inreparable desgracia de sus medias, á quien tomara los puntos, aunque fuera con seda de otro color, que es una de las mayores señales de miseria que un hidalgo puede dar en el discurso de su prolixa estrechez. Mató las velas, hacia calor, y no podia dormir: levantóse del lecho, y abrió un poco la ventana de una reja, que daba sobre un hermoso jardin, y al abrirla sintió y oyó, que andaba y hablaba gente en el jardin: púsose á escuchar atentamente, levantaron la voz los de aba-

xo , tanto que pudo oír estas razones.

No me porfies , ó Emerencia , que cante , pues sabes que desde el punto que este forastero entró en este castillo , y mis ojos le miráron , yo no sé cantar , sino llorar , quanto mas que el sueño de mi señora tiene mas de ligero que de pesado , y no querría que nos hallase aquí por todo el tesoro del mundo : y puesto caso que durmiese y no despertase , en vano sería mi canto , si duerme y no despierta para oírle este nuevo Enéas , que ha llegado á mis regiones para dexarme ³⁶ escarnida. No des en eso , Altisidora amiga , respondieron , que sin duda la Duquesa y quantos hay en esta casa duermen , sino es el señor de tu corazon y el despertador de tu alma , porque ahora sentí que abría la ventana de la reja de su estancia , y sin duda debe de estar despierto : canta , lastimada mía , en tono baxo y suave , al son de tu arpa , y quando la Duquesa nos sienta , le echaremos la culpa al calor que hace. No está en eso el punto , ó Emerencia , respondió la Altisidora , sino en que no querría que mi canto descubriese mi corazon , y fuese juzgada de los que no tienen noticia de las fuerzas poderosas de amor , por doncella antojadiza y liviana;

pero venga lo que viniere , que mas vale vergüenza en cara , que mancilla en corazon : y en esto comenzó á tocar una arpa suavísimamente. Oyendo lo qual quedó Don Quixote pasmado , porque en aquel instante se le viniéron á la memoria las infinitas aventuras , semejantes á aquella , de ventanas , rejas y jardines , músicas , requiebros y desvanecimientos , que en los sus desvanecidos libros de caballerías habia leído. Luego imaginó , que alguna doncella de la Duquesa estaba dél enamorada , y que la honestidad la forzaba á tener secreta su voluntad. Temió no le rindiese , y propuso en su pensamiento el no dexarse vencer , y encomendándose de todo buen ánimo y buen talante á su señora Dulcinea del Toboso , determinó de escuchar la música , y para dar á entender que allí estaba , dió un fingido estornudo , de que no poco se alegráron las doncellas , que otra cosa no deseaban , sino que Don Quixote las oyese. Recorrida pues y afinada la arpa , Altisidora dió principio á este romance.

*O tñ , que estás en tu lecho
entre sábanas de olanda,
durmiendo á pierna tendida
de la noche á la mañana,*

Caballero el mas valiente
que ha producido la Mancha,
mas honesto y mas bendito
que el oro fino de Arabia:

Oye á una triste doncella,
bien crecida y mal lograda,
que en la luz de tus dos soles
se siente abrasar el alma.

Tú buscas tus aventuras,
y agenas desdichas hallas,
das las feridas, y niegas
el remedio de sanarlas.

Dime, valeroso jóven,
que Dios prospere tus ansias,
¿si te criaste en la Libia,
ó en las montañas de Jaca?

¿Si sierpes te dieron leche?
¿si á dicha fueron tus amas
la aspereza de las selvas
y el horror de las montañas?

Muy bien puede Dulcinea,
doncella rolliza y sana,
preciarse de que ha rendido
á una tigre y fiera ³⁷ brava.

Por esto será famosa
desde Henáres á Xarama,
desde el Tajo á Manzanares,
desde Pisuerga hasta Arlanza.

Trocárame yo por ella,

y diera encima una saya
de las mas gayadas mias,
que de oro la adornan franjas.
¿O quien se viera en tus brazos,
ó si no junto á tu cama,
rascándote la cabeza
y matándote la caspa!

Mucho pido, y no soy digna
de merced tan señalada:
los pies quisiera traerte,
que á una humilde esto le basta.

¿O que de cofias te diera,
que de escarpines de plata,
que de calzas de damasco,
que de herrerueros de olanda!

¿Que de finisimas perlas,
cada qual como una agalla,
que á no tener compañeras,
las solas fueran llamadas!

No mires de tu Tarpeya
este incendio que me abrasa,
Neron manchego del mundo,
ni le avives con tu saña.

Niña soy, pulcela tierna,
mi edad de quince no pasa,
juro catorce tengo y tres meses,
te juro en Dios y en mi ánima.

No soy renca, ni soy coza,
ni tengo nada de manca,

*los cabellos como lirios,
que en pie por el suelo arrastran.
Y aunque es mi boca aguileña,
y la nariz algo chata,
ser mis dientes de topacios,
mi belleza al cielo ensalza.
Mi voz ya ves, si me escuchas,
que á la que es mas dulce iguala,
y soy de disposicion
algo ménos que mediana.
Estas y otras gracias mías,
son despojos de tu aljaba:
desta casa soy doncella,
y Altisidora me llaman.*

Aquí dió fin el canto de la mal ferida Altisidora, y comenzó el asombro del requerido Don Quixote, el qual dando un gran suspiro, dixo entre sí: ¡Que tengo de ser tan desdichado andante, que no ha de haber doncella que me mire, que de mí no se enamore! ¡que tenga de ser tan corta de ventura la sin par Dulcinea del Toboso, que no la han de dexar á solas gozar de la incomparable firmeza mia! ¿que la queréis, Reynas? ¿á que la perseguís, Emperatrices? ¿para que la acosais, doncellas de á catorce á quince años? dexad, dexad á la miserable que triunfe, se goce

y ufane con la suerte que amor quiso darle en rendirle mi corazon, y entregarle mi alma: mirad, caterva enamorada, que para sola Dulcinea soy de masa y de alfeñique, y para todas las demas soy de pedernal: para ella soy miel, y para vosotras acibar: para mí sola Dulcinea es la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda y la bien nacida, y las demas las feas, las necias, las livianas y las de peor linage: para ser yo suyo y no de otra alguna, me arrojé la naturaleza al mundo: llore, ó cante Altisidora, desespérese Madama, por quien me aporreáron en el castillo del moro encantado, que yo tengo de ser de Dulcinea cocido, ó asado, limpio, bien criado y honesto, á pesar de todas las postestades hechiceras de la tierra: y con esto cerró de golpe la ventana, y despechado y pesaroso, como si le hubiera acontecido alguna gran desgracia, se acostó en su lecho, donde le dexáremos por ahora, porque nos está llamando el gran Sancho Panza, que quiere dar principio á su famoso gobierno.

CAPÍTULO XLV.

De como el gran Sancho Panza tomó la posesion de su Insula, y del modo que comenzó á gobernar.

¡Ó perpetuo descubridor de los antipodas, hacha del mundo, ojo del cielo, memento dulce de las cantimploras! Timbrío aquí, Febo allí, tirador acá, médico acullá, padre de la poesía, inventor de la música, tú que siempre sales, y aunque lo parece, nunca te pones. Á ti digo, ó sol, con cuya ayuda el hombre engendra al hombre: á ti digo, que me favorezcas y alumbres la escuridad de mi ingenio, para que pueda discurrir por sus puntos en la narracion del gobierno del gran Sancho Panza, que sin ti yo me siento tibio, desmazalado y confuso.

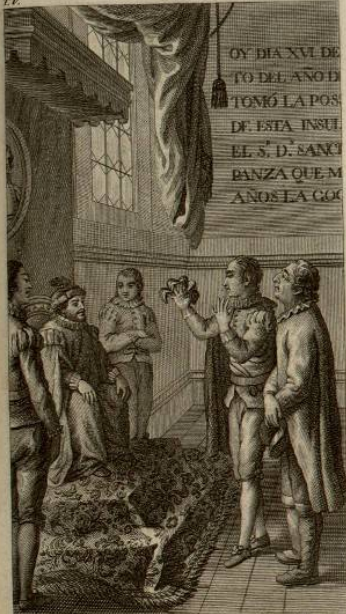
Digo pues, que con todo su acompañamiento llegó Sancho á un Lugar de hasta mil vecinos, que era de los mejores que el Duque tenia. Diéronle á entender, que se llamaba la Insula Barataria, ó ya por que el Lugar se llamaba Baratario, ó ya por el barato con que se le habia dado el gobierno. Al llegar á las puertas de la villa, que era cercada, salió el Regimiento

del pueblo á recibirle: tocáron las campanas, y todos los vecinos diéron muestras de general alegría, y con mucha pompa le llevaron á la Iglesia mayor á dar gracias á Dios, y luego con algunas ridiculas ceremonias le entregáron las llaves del pueblo, y le admitiéron por perpetuo Gobernador de la Insula Barataria. El traje, las barbas, la gordura y pequeñez del nuevo Gobernador tenia admirada á toda la gente que el busilis del cuento no sabia, y aun á todos los que lo sabian, que eran muchos. Finalmente en sacándole de la Iglesia, le llevaron á la silla del juzgado, y le sentáron en ella, y el mayordomo del Duque le dixo: es costumbre antigua en esta Insula, señor Gobernador, que el que viene á tomar posesion desta famosa Insula, está obligado á responder á una pregunta que se le hiciere, que sea algo intricada y dificultosa, de cuya respuesta el pueblo toma y toca el pulso del ingenio de su nuevo Gobernador, y así, ó se alegra, ó se entristece con su venida. En tanto que el mayordomo decia esto á Sancho, estaba él mirando unas grandes y muchas letras, que en la pared frontera de su silla estaban escritas, y como él no sabia leer, preguntó, que que ³⁸ eran aquellas pinturas que

en aquella pared estaban. Fuéle respondido: señor, allí está escrito y notado el día en que V. S. tomó posesion desta Ínsula, y dice el epitafio: hoy día á tantos de tal mes y de tal año, tomó la posesion desta Ínsula el señor Don Sancho Panza, que muchos años la goce. ¿Y á quien llaman Don Sancho Panza? preguntó Sancho. Á V. S. respondió el mayordomo, que en esta Ínsula no ha entrado otro Panza, sino el que está sentado en esa silla. Pues advertid, hermano, dixo Sancho, que yo no tengo Don, ni en todo mi linage le ha habido: Sancho Panza me llaman á secas, y Sancho se llamó mi padre, y Sancho mi agüelo, y todos fuéron Panzas sin añadiduras de Dones, ni donas, y yo imagino, que en esta Ínsula debe de haber mas Dones que piedras; pero basta, Dios me entiende, y podrá ser que si el gobierno me dura quatro días, yo escarde estos Dones, que por la muchedumbre deben de enfadar como los mosquitos. Pase adelante con su pregunta el señor mayordomo, que yo responderé lo mejor que supiere, ora se entristezca, ó no se entristezca el pueblo. Á este instante entráron en el juzgado dos hombres, el uno vestido de labrador, y el otro de sastre, porque traia unas tixe-

ras en la mano, y el sastre dixo: señor Gobernador, yo y este hombre labrador venimos ante Vuesa Merced en razon que este buen hombre llegó á mi tienda ayer, que yo con perdon de los presentes soy sastre exáminado, que Dios sea bendito, y poniéndome un pedazo de paño en las manos, me preguntó: señor ¿habria en este paño harto para hacerme una caperuza? Yo tanteando el paño, le respondí que sí: él debióse de imaginar, á lo que yo imagino, é imaginé bien, que sin duda yo le quería hurtar alguna parte del paño, fundándose en su malicia y en la mala opinion de los sastres, y repliquéme, que mirase si habria para dos: adivinéle el pensamiento, y díxele que sí, y el caballero en su dañada y primera intencion, fué añadiendo caperuzas, y yo añadiendo síes, hasta que llegámos á cinco caperuzas, y ahora en este punto acaba de venir por ellas, yo se las doy, y no me quiere pagar la hechura, ántes me pide que le pague, ó vuelva su paño. ¿Es todo esto así, hermano? preguntó Sancho. Sí señor, respondió el hombre; pero hágale Vuesa Merced que muestre las cinco caperuzas, que me ha hecho. De buena gana, respondió el sastre, y sacando en-

continente la mano debaxo del herreruelo; y mostró en ella cinco caperuzas puestas en las cinco cabezas de los dedos de la mano, y dixo: he aquí las cinco caperuzas que este buen hombre me pide; y en Dios y en mi conciencia que no me ha quedado nada del paño; y yo daré la obra à vista de veedores del oficio. Todos los presentes se rieron de la multitud de las caperuzas, y del nuevo pleyto. Sancho se puso à considerar un poco, y dixo: paréceme que en este pleyto no ha de haber largas dilaciones, sino juzgar luego à juicio de buen varon, y así yo doy por sentencia, que el sastre pierda las hechuras, y el labrador el paño, y las caperuzas se lleven à los presos de la cárcel, y no haya mas. Si la sentencia pasada de la bolsa del ganadero movió à admiracion à los circunstantes, esta les provocó à risa; pero en fin se hizo lo que mandó el Gobernador, àntè el qual se presentaron dos hombres ancianos, el uno traia una cañaheja por báculo, y el sin báculo dixo: señor, à este buen hombre le presté dias ha diez escudos de oro en oro, por hacerle placer y buena obra, con condicion que me los volviése quando se los pidiese: pasáronse muchos dias sin pedirselos, por no ponerle



Escudo de Antonio Carrasco la diosa.

Escudo de Julia la noble.

en mayor necesidad , de volvérmelos , que la que él tenia quando yo se los presté ; pero por parecerme que se descuidaba en la paga , se los he pedido una y muchas veces , y no solamente no me los vuelve , pero me los niega , y dice que nunca tales diez escudos le presté , y que si se los presté , que ya me los ha vuelto : yo no tengo testigos , ni del préstamo , ni de la vuelta , porque no me los ha vuelto : querria que Vuesa Merced le tomase juramento , y si jurare que me los ha vuelto , yo se los perdono para aquí y para delante de Dios. ¿ Que decis vos á esto , buen viejo del báculo ? , dixo Sancho. Á lo que dixo el viejo : yo , señor , confieso que me los presté , y baxe Vuesa Merced esa vara , y pues él lo dexa en mi juramento , yo juraré como se los he vuelto y pagado real y verdaderamente. Baxó el Gobernador la vara , y en tanto el viejo del báculo dió el báculo al otro viejo que se le tuviese en tanto que juraba , como si le embarazara mucho , y luego puso la mano en la cruz de la vara ; diciendo , que era verdad que se le habian prestado aquellos diez escudos que se le pedian , pero que él se los habia vuelto de su mano á la suya , y que por no caer en ello se los volvia á pedir

por momentos. Viendo lo qual el gran Gobernador, preguntó al acreedor, que respondia á lo que decia su contrario, y dixo, que sin duda alguna su deudor debia de decir verdad, porque le tenia por hombre de bien y buen christiano, y que á él se le debia de haber olvidado el como y quando se los habia vuelto, y que desde allí en adelante jamas le pediria nada. Tornó á tomar su báculo el deudor, y baxando la cabeza, se salió del juzgado. Visto lo qual Sancho, y que sin mas ni mas se iba, y viendo tambien la paciencia del demandante, inclinó la cabeza sobre el pecho, y poniéndose el índice de la mano derecha sobre las cejas y las narices, estuvo como pensativo un pequeño espacio, y luego alzó la cabeza y mandó que le llamasen al viejo del báculo, que ya se habia ido. Truxéronsele, y en viéndole Sancho, le dixo: dadme, buen hombre, ese báculo, que le he menester. De muy buena gana, respondió el viejo: hele aquí, señor, y púsosele en la mano: tomóle Sancho, y dándosele al otro viejo, le dixo: andad con Dios, que ya vais pagado. ¿Yo, señor? respondió el viejo, ¿pues vale esta cañaheja diez escudos de oro? Sí, dixo el Gobernador, ó si no, yo soy el mayor porro del

mundo, y ahora se verá si tengo yo calestre para gobernar todo un reyno, y mandó que allí delante de todos se rompiese y abriese la caña. Hizose así, y en el corazon della halláron diez escudos en oro. Quedáron todos admirados, y tuviéron á su Gobernador por un nuevo Salomon. Preguntáronle de donde habia colegido que en aquella cañaheja estaban aquellos diez escudos, y respondió, que de haberle visto dar el viejo que juraba á su contrario aquel báculo en tanto que hacia el juramento, y jurar que se los habia dado real y verdaderamente, y que en acabando de jurar le tornó á pedir el báculo, le vino á la imaginacion, que dentro dél estaba la paga de lo que pedian: de donde se podia colegir, que los que gobiernan, aunque sean unos tontos, tal vez los encamina Dios en sus juicios, y mas que él habia oido contar otro caso como aquel al Cura de su Lugar, y que él tenia tan gran memoria, que á no olvidársele todo aquello de que queria acordarse, no hubiera tal memoria en toda la Insula. Finalmente el un viejo corrido y el otro pagado se fuéron, y los presentes quedáron admirados, y el que escribia las palabras, hechos y movimientos de Sancho, no acababa de determinarse, si le tendria

y pondria por tonto, ó por discreto. Luego acabado este pleyto, entró en el juzgado una muger asida fuertemente de un hombre, vestido de ganadero rico, la qual venia dando grandes voces, diciendo: justicia, señor Gobernador, justicia, y si no la hallo en la tierra, la iré á buscar al cielo. Señor Gobernador de mi ánima, este mal hombre me ha cogido en la mitad de ese campo y se ha aprovechado de mi cuerpo, como si fuera trapo mal lavado, y ¡desdichada de mí! me ha llevado lo que yo tenia guardado mas de veinte y tres años ha, defendiéndolo de moros y christianos, de naturales y extrángerios, y yo siempre dura como un alcornoque, conservándome entera, como la salamanquesa en el fuego, ó como la lana entre las zarzas, para que este buen hombre llegase ahora con sus manos limpias á manosearme. Aun eso está por averiguar, si tiene limpias, ó no las manos este galán, dixo Sancho, y volviéndose al hombre, le dixo, ¿que decia y respondia á la querrela de aquella muger? El qual todo turbado respondió: señores, yo soy un pobre ganadero de ganado de cerda, y esta mañana salia deste Lugar de vender (con perdon sea dicho) quatro puercos, que me llevaron de alca-

balas y socaliñas poco ménos de lo que ellos valian: volviame á mi aldea, topé en el camino á esta buena dueña, y el diablo, que todo lo añasca y todo lo cuece, hizo que yogásemos juntos: paguele lo sofisticiente, y ella mal contenta asió de mí, y no me ha dexado hasta traerme á este puesto: dice que la forcé, y miente para el juramento que hago, ó pienso hacer, y esta es toda la verdad sin faltar meaja. Entónces el Gobernador le preguntó, si traia consigo algun dinero en plata: él dixo, que hasta veinte ducados tenia en el seno en una bolsa de cuero. Mandó que la sacase, y se la entregase asi como estaba á la querellante: él lo hizo temblando: tomó la muger, y haciendo mil zalemas á todos, y rogando á Dios por la vida y salud del señor Gobernador, que así miraba por las huérfanas menesterosas y doncellas, y con esto se salió del juzgado, llevando la bolsa asida con entrámbas manos, aunque primero miró si era de plata la moneda que llevaba dentro. Apenas salió, quando Sancho dixo al ganadero, que ya se le saltaban las lágrimas, y los ojos y el corazon se iban tras su bolsa: buen hombre, id tras aquella muger, y quitadle la bolsa, aunque no quiera, y volved aquí

con ella : y no lo dixo á tonto , ni á sordo , porque luego partió como un rayo , y fué á lo que se le mandaba . Todos los presentes estaban suspensos , esperando el fin de aquel pleyto , y de allí á poco volviéron el hombre y la muger , mas asidos y aferados que la vez primera : ella la saya levantada , y en el regazo puesta la bolsa , y el hombre pugnando por quitársela , mas no era posible , segun la muger la defendia , la qual daba voces , diciendo : justicia de Dios y del mundo : mire Vuesa Merced , señor Gobernador , la poca vergüenza y el poco temor deste desalmado , que en mitad de poblado y en mitad de la calle me ha querido quitar la bolsa que Vuesa Merced mandó darme . ¿ Y háosla quitado ? preguntó el Gobernador . ¿ Como quitar ? respondió la muger , ántes me dexara yo quitar la vida , que me quiten la bolsa : bonita es la niña , otros gatos me han de echar á las barbas , que no este desventurado y asqueroso : tenazas y martillos , mazos y escoplos no serán bastantes á sacármela de las uñas , ni aun garras de leones , ántes el ánima de en mitad en mitad de las carnes . Ella tiene razon , dixo el hombre , y yo me doy por rendido y sin fuerzas , y confieso que las mias no son bastantes para

quitársela , y dexóla . Entónces el Gobernador dixo á la muger : mostrad , honrada y valiente , esa bolsa : ella se la dió luego , y el Gobernador se la volvió al hombre , y dixo á la esforzada y no forzada : hermanamia , si el mismo aliento y valor que habeis mostrado para defender esta bolsa , le mostrárades , y aun la mitad ménos , para defender vuestro cuerpo , las fuerzas de Hércules no os hicieran fuerza : andad con Dios y mucho de enhoramala , y no pareis en toda esta Ínsula , ni en seis leguas á la redonda , sopena de docientos azotes : andad luego , digo , churrillera , desvergonzada y embaydora . Espantóse la muger , y fuese cabizbaxa y mal contenta , y el Gobernador dixo al hombre : buen hombre , andad con Dios á vuestro Lugar con vuestro dinero , y de aquí adelante , si no le quereis perder , procurad que no os venga en voluntad de yogar con nadie . El hombre le dió las gracias lo peor que supo , y fuése , y los circunstantes quedáron admirados de nuevo de los juicios y sentencias de su nuevo Gobernador . Todo lo qual notado de su coronista , fué luego escrito al Duque , que con gran deseo lo estaba esperando : y quédese aquí el buen Sancho , que es mucha la priesa que nos

da su amo alborozado con la música de Altisidora.

CAPÍTULO XLVI.

Del temeroso espanto cenceril y gatuno, que recibió Don Quixote en el discurso de los amores de la enamorada

Altisidora.

Dexámos al gran Don Quixote envuelto en los pensamientos que le habia causado la música de la enamorada doncella Altisidora. Acostóse con ellos, y como si fueran pulgas, no le dexáron dormir, ni sosegó un punto, y juntábansele los que le faltaban de sus medias; pero como es ligero el tiempo, y no hay barranco que le detenga, corrió caballero en las horas, y con mucha presteza llegó la de la mañana. Lo qual visto por Don Quixote, dexó las blandas plumas, y no nada perezoso se vistió su acamuzado vestido, y se calzó sus botas de camino por encubrir la desgracia de sus medias. Arrojóse encima su manton de escarlata, y púsose en la cabeza una montera de terciopelo verde, guarnecida de pasamanos de plata: colgó el tahali de sus hombros con su buena y tajadora espada: asíó un gran rosario, que

consigo continuo traía; y con gran prosopeya y contoneo salió á la antesala, donde el Duque y la Duquesa estaban ya vestidos y como esperándole: y al pasar por una galeria estaban aposta esperándole Altisidora y la otra doncella su amiga, y así como Altisidora vió á Don Quixote, fingió desmayarse, y su amiga la recogió en sus faldas, y con gran presteza la iba á desabrochar el pecho: Don Quixote que lo vió; llegándose á ellas, dixo: ya sé yo de que proceden estos accidentes. No sé yo de que, respondió la amiga, porque Altisidora es la doncella mas sana de toda esta casa, y yo nunca la he sentido un ay en quanto ha que la conozco: que mal hayan quantos caballeros andantes hay en el mundo, si es que todos son desagradecidos: váyase Vuesa Merced, señor Don Quixote, que no volverá en sí esta pobre niña en tanto que Vuesa Merced aquí estuviere. Á lo que respondió Don Quixote: haga Vuesa Merced, señora, que se me ponga un laud esta noche en mi aposento, que yo consolaré lo mejor que pudiere á esta lastimada doncella, que en los principios amorosos, los desengaños prestos suelen ser remedios calificados: y con esto se fué, porque no fuese notado de los que

allí le viesen. No se hubo bien apartado, quando volviendo en sí la desmayada Altisidora, dixo á su compañera: menester será, que se le ponga el laud, que sin duda Don Quixote quiere darnos música, y no será mala, siendo suya. Fuéron luego á dar cuenta á la Duquesa de lo que pasaba y del laud que pedía Don Quixote, y ella alegre sobre modo concertó con el Duque y con sus doncellas de hacerle una burla, que fuese mas risteña que dañosa, y con mucho contento esperaban la noche, que se vino tan apriesa, como se habia venido el dia, el qual pasáron los Duques en sabrosas pláticas con Don Quixote: y la Duquesa aquel dia real y verdaderamente despachó á un page suyo, que habia hecho en la selva la figura encantada de Dulcinea, á Teresa Panza, con la carta de su marido Sancho Panza, y con el lio de ropa que habia dexado para que se le enviase, encargándole le truxese buena relacion de todo lo que con ella pasase. Hecho esto y llegadas las once horas de la noche, halló Don Quixote una vihuela en su aposento: templóla, abrió la reja, y sintió que andaba gente en ^{el} el jardín, y habiendo recorrido los trastes de la vihuela, y afinándola lo mejor que supo, escupió y re-

mondóse el pecho, y luego con una voz ronquilla, aunque entonada, cantó el siguiente romance, que él mismo aquel dia habia compuesto:

*Suelen las fuerzas de amor
sacar de quicio á las almas,
tomando por instrumento
la ociosidad descuidada.*

*Suele el coser y el labrar
y el estar siempre ocupada,
ser antidoto al veneno
de las amorosas ansias.*

*Las doncellas recogidas,
que aspiran á ser casadas,
la honestidad es la dote,
y voz de sus alabanzas.*

*Los andantes caballeros,
y los que en la corte andan,
requiébranse con las libras,
con las honestas se casan.*

*Hay amores de levante,
que entre huéspedes se tratan,
que llegan presto al poniente,
porque en el partir se acaban.*

*El amor recién venido,
que hoy llegó y se va mañana,
las imagines no dexa
bien impresas en el alma.*

*Pintura sobre pintura
ni se muestra, ni señala,
y do hay primera belleza,
la segunda no hace baza.*

*Dulcinea del Toboso
del alma en la tabla rasa
tengo pintada de modo,
que es imposible borrarla.*

*La firmeza en los amantes
es la parte mas preciada,
por quien hace amor milagros,
y asimesmo los levanta.*

Aquí llegaba Don Quixote de su canto, á quien estaban escuchando el Duque y la Duquesa, Altisidora y casi toda la gente del castillo, quando de improviso desde encima de un corredor, que sobre la reja de Don Quixote á plomo caía, descolgáron un cordel, donde venian mas de cien cencerros asidos, y luego tras ellos deramáron un gran saco de gatos, que asimismo traian cencerros menores atados á las colas. Fué tan grande el ruido de los cencerros y el mayar de los gatos, que aunque los Duques habian sido inventores de la burla, todavía les sobresaltó, y temeroso Don Quixote quedó pasmado, y quiso la suerte que dos ó tres gatos se entrá-

ron por la reja de su estancia, y dando de una parte á otra, parecia que una legion de diablos andaba en ella. Apagáron las velas que en el aposento ardian, y andaban buscando por do escaparse. El descolgar y subir del cordel de los grandes cencerros no cesaba: la mayor parte de la gente del castillo, que no sabia la verdad deste caso, estaba suspensa y admirada. Lévantose Don Quixote en pie, y poniendo mano á la espada, comenzó á tirar estocadas por la reja, y á decir á grandes voces: afuera, malignos encantadores, afuera, canalla hechiceresca, que yo soy Don Quixote de la Mancha, contra quien no valen, ni tienen fuerza vuestras malas intenciones, y volviéndose á los gatos, que andaban por el aposento, les tiró muchas cuchilladas: ellos acudieron á la reja, y por allí se salieron, aunque uno viéndose tan acosado de las cuchilladas de Don Quixote, le saltó al rostro, y le hirió de las narices con las uñas y los dientes, por cuyo dolor Don Quixote comenzó á dar los mayores gritos que pudo. Oyendo lo qual el Duque y la Duquesa, y considerando lo que podia ser, con mucha presteza acudieron á su estancia, y abriendo con llave maestra, vieron al pobre caballero pugnando con todas sus

fuerzas para arrancar el gato de su rostro. Entraron con luces, y vieron la desigual pelea: acudió el Duque á despartirla, y Don Quixote dixo á voces: no me le quite nadie, déxenme mano á mano con este demonio, con este hechicero, con este encantador, que yo le daré á entender de mí á el quien es: Don Quixote de la Mancha. Pero el gato no curándose destas amenazas, gruñia y apretaba. Mas en fin el Duque se le desarraygó, y le echó por la reja: quedó Don Quixote acribado el rostro, y no muy sanas las narices, aunque muy despachado, porque no le habian dexado fenecer la batalla que tan trabada tenia, con aquel malandrín encantador. Hicieron traer aceyte de aparcio, y la misma Altisidora con sus blanquísimas manos le puso unas vendas por todo lo herido, y al ponérselas con voz baxa le dixo: todas estas malandanzas te suceden, empedernido caballero, por el pecado de tu dureza y pertinacia, y plega á Dios que se le olvide á Sancho ^{tu} escudero el azotarse, porque nunca salga de su encanto esta tan amada tuya Dulcinea, ni tú la goces, ni llegues á tálamo con ella, á lo ménos vi- viendo yo, que te adoro. Á todo esto no respondió Don Quixote otra palabra, sino

tué dar un profundo suspiro, y luego se tendió en su lecho, agradeciendo á los Duques la merced, no porque él tenia temor de aquella canalla gatesca encantadora y cencerruna, sino porque habia cono- cido la buena intencion con que habian venido á socorrerle. Los Duques le dexaron sosegar, y se fueron pesarosos del mal suceso de la burla, que no creyeron que tan pesada y costosa le saliera á Don Quixote aquella aventura, que le costó cinco dias de encerramiento y de cama, donde le sucedió otra aventura mas gustosa que la pasada, la qual no quiere su historiador contar ahora, por acudir á Sancho Panza, que andaba muy solícito y muy gracioso en su gobierno.

CAPÍTULO XLVII.

Donde se prosigue como se portaba Sancho Panza en su gobierno.

Cuenta la historia, que desde el juzgado llevaron á Sancho Panza á un suntuoso palacio, adonde en una gran sala estaba puesta una real y limpísima mesa, y así como Sancho entró en la sala, sonaron chirrimías, y salieron quatro pages á darle

aguamanos, que Sancho recibió con mucha gravedad. Cesó la música, sentóse Sancho á la cabecera de la mesa, porque no habia mas de aquel asiento, y no otro servicio en toda ella. Púsose á su lado en pie un personage, que despues mostró ser médico, con una varilla de ballena en la mano. Levantáron una riquísima y blanca tohalla, con que estaban cubiertas las frutas y mucha diversidad de platos de diversos manjares. Uno que parecia estudiante echó la bendicion, y un page puso un babador randado á Sancho: otro que hacia el oficio de maestra sala llegó un plato de fruta delante; pero apénas hubo comido un bocado, quando el de la varilla tocando con ella en el plato, se le quitáron de delante con grandísima celeridad; pero el maestra sala le llegó otro de otro manjar. Iba á probarle Sancho; pero ántes que llegase á él, ni le gustase, ya la varilla habia tocado en él, y un page alzádole con tanta presteza como el de la fruta. Visto lo qual por Sancho, quedó suspenso, y mirando á todos, preguntó, si se habia de comer aquella comida como juego de Maesecoral. Á lo qual respondió el de la vara: no se ha de comer, señor Gobernador, sino como es uso y cos-

tumbre en las otras Ínsulas donde hay Gobernadores. Yo, señor, soy médico, y estoy asalariado en esta Ínsula para serlo de los Gobernadores della, y miro por su salud mucho mas que por la mia, estudiando de noche y de dia, y tanteando la complexión del Gobernador para acertar á curarle, quando cayere enfermo, y lo principal que hago es asistir á sus comidas y cenas, y á dexarle comer de lo que me parece que le conviene, y á quitarle lo que imagino que le ha de hacer daño y ser nocivo al estómago, y así mandé quitar el plato de la fruta, por ser demasiadamente húmeda, y el plato del otro manjar tambien le mandé quitar, por ser demasiadamente caliente, y tener muchas especias, que acrecientan la sed, y el que mucho bebe, mata y consume el húmedo radical, donde consiste la vida. Dessa manera aquel plato de perdices que están allí asadas, y á mi parecer bien sazonadas, no me harán algun daño. Á lo que el médico respondió: esas no comerá el señor Gobernador en tanto que yo tuviere vida. ¿Pues porque? dixo Sancho. Y el médico respondió: porque nuestro maestro Hipócrates, norte y luz de la medicina, en un aforismo suyo dice: *omnis satura-*

tio mala, perdix autem pessima. Quiere decir: toda hartazga es mala; pero la de las perdices malísima. Si eso es así, dixo Sancho, vea el señor Doctor de quantos manjares hay en esta mesa, qual me hará mas provecho y qual ménos daño, y déxeme comer dél, sin que me le apalée, porque por vida del Gobernador, y así Dios me la dexé gozar, que me muero de hambre, y el negarme la comida, aunque le pese al señor Doctor, y él mas me diga, ántes será quitarme la vida, que aumentármela. Vuesa Merced tiene razon, señor Gobernador, respondió el médico, y así es mi parecer, que Vuesa Merced no coma de aquellos conejos guisados que allí están, porque es manjar peliagudo: de aquella ternera, si no fuera asada y en adobo, aun se pudiera probar, pero no hay para que. Y Sancho dixo: aquel platonazo que está mas adelante vahando, me parece que es olla podrida, que por la diversidad de cosas que en las tales ollas podridas hay, no podré dexar de topár con alguna que me sea de gusto y de provecho. *Absit*, dixo el médico, vaya léjos de nosotros tan mal pensamiento: no hay cosa en el mundo de peor mantenimiento que una olla podrida: allá las ollas

podridas para los Canónigos, ó para los Retores de colegios, ó para las bodas labradorecas, y déxenno libres las mesas de los Gobernadores, donde ha de asistir todo primor y toda atildadura: y la razon es, porque siempre y á do quiera y de quien quiera son mas estimadas las medicinas simples, que las compuestas, porque en las simples no se puede errar, y en las compuestas sí, alterando la cantidad de las cosas de que son compuestas: mas lo que yo sé que ha de comer el señor Gobernador ahora para conservar su salud y corroborarla, es un ciento de cañutillos de suplicaciones y unas tajadicas subtiles de carne de membrillo, que le asienten el estómago y le ayuden á la digestion. Oyendó esto Sancho, se arrió sobre el espaldar de la silla, y miró de hito en hito al tal médico, y con voz grave le preguntó como se llamaba, y donde habia estudiado. Á lo que él respondió: yo, señor Gobernador, me llamo el Doctor Pedro Recio de Agüero, y soy natural de un Lugar llamado Tirteafuera, que está entre Caraquiel y Almodobar del Campo á la mano derecha, y tengo el grado de Doctor por la universidad de Osuna. Á lo que respondió Sancho, todo encendido en

colera: pues, señor Doctor Pedro Recio de mal agüero, natural de Tirteafuera, Lugar que está á la derecha mano como vamos de Caraquiel á Almodóbar del Campo, graduado en Osuna, quiteseme luego de delante, si no voto al sol, que tome un garrote, y que á garrotazos, comenzando por él, no me ha de quedar médico en toda la Insula, á lo ménos de aquellos que yo entienda que son ignorantes, que á los médicos sabios, prudentes y discretos, los pondré sobre mi cabeza, y los honraré como á personas divinas: y vuelvo á decir, que se me vaya Pedro Recio de aquí, si no tomaré esta silla donde estoy sentado, y se la estrellaré en la cabeza: y pidánnmelo en residencia, que yo me descargaré con decir, que hice servicio á Dios en matar á un mal médico, verdugo de la república, y déñme de comer, ó si no tómense su gobierno, que oficio que no da de comer á su dueño, no vale dos habas. Alborotóse el Doctor, viendo tan colérico al Gobernador, y quiso hacer tirteafuera de la sala, sino que en aquel instante sonó una corneta de posta en la calle, y asomándose el maestresala á la ventana, volvió diciendo: correo viene del Duque mi señor: algun despacho debe de

traer de importancia. Entró el correo sudando y asustado, y sacando un pliego del seno, le puso en las manos del Gobernador, y Sancho le puso en las del mayordomo, á quien mandó leyese el sobreescrito, que decia así: *A Don Sancho Panza, Gobernador de la Insula Barataria, en su propia mano, ó en las de su secretario.* Oyendo lo qual Sancho, dixo: ¿quien es aquí mi secretario? y uno de los que presentes estaban respondió: yo, señor, porque sé leer y escribir, y soy vizcaino. Con esa añadidura, dixo Sancho, bien podeis ser secretario del mismo Emperador: abrid ese pliego, y mirad lo que dice. Hizolo así el recién nacido secretario, y habiendo leído lo que decia, dixo, que era negocio para tratarle á solas. Mandó Sancho despejar la sala, y que no quedasen en ella sino el mayordomo y el maestresala, y los demas y el médico se fueron: y luego el secretario leyó la carta, que así decia:

A mi noticia ha llegado, señor Don Sancho Panza, que unos enemigos míos y desa Insula la han de dar un asalto furioso, no sé que noche: conviene velar y estar alerta, porque no le tomen desapercebido. Sé tambien por espías verda-

deras, que han entrado en ese Lugar quatro personas disfrazadas para quitarnos la vida, porque se temen de vuestro ingento: abrid el ojo, y mirad quien llega á hablaros, y no comais de cosa que os presentaren. Yo tendré cuidado de socorremos, si os viéredes en trabajo, y en todo haréis como se espera de vuestro entendimiento. Deste Lugar á diez y seis de Agosto, á las quatro de la mañana. Vuestro amigo el Duque.

Quedó atónito Sancho, y mostráron quedarlo asimismo los circunstantes, y volviéndose al mayordomo le dixo: lo que agora se ha de hacer, y ha de ser luego, es meter en un calabozo al Doctor Recio, porque si alguno me ha de matar, ha de ser él, y de muerte adminícula y pésima, como es la de la hambre. Tambien, dixo el maestresala, me parece á mí, que Vuesa Merced no coma de todo lo que está en esta mesa, porque lo han presentado unas monjas, y como suele decirse, detras de la cruz está el diablo. No lo niego, respondió Sancho, y por ahora dénme un pedazo de pan y obra de quatro libras de uvas, que en ellas no podrá venir veneno, porque en efecto no puedo pasar sin comer: y si es que hemos de estar pron-

tos para estas batallas que nos amenazan, menester será estar bien mantenidos: porque tripas llevan corazon, que no corazon tripas: y vos, secretario, respondió al Duque mi señor, y decidle, que se cumplirá lo que manda como lo manda, sin faltar punto: y daréis de mi parte un besamanos á la señora Duquesa, y que le suplico, no se le olvide de enviar con un propio mi carta y mi lio á mi muger Teresa Panza, que en ello recibiré mucha merced, y tendré cuidado de escribirla con todo lo que mis fuerzas alcanzaren: y de camino podeis encaxar un besamanos á mi señor Don Quixote de la Mancha, porque vea que soy pan agradecido: y vos como buen secretario ⁴² y como buen vizcaino podeis añadir todo lo que quisierdes y mas viniere á cuento: y álcense estos manteles, y dénme á mí de comer, que yo me avendré con quantas espías y matadores y encantadores vinieren sobre mí y sobre mi Insula. En esto entró un page, y dixo: aquí está un labrador negociante, que quiere hablar á Vuestra Señoría en un negocio, segun él dice, de mucha importancia. Extraño caso es este, dixo Sancho, destes negociantes: ¿es posible que sean tan necios, que no echen de ver, que se-

mejantes horas como estas no son en las que han de venir á negociar? ¿Por ventura los que gobernamos, los que somos Jueces, no somos hombres de carne y de hueso, y que es menester que nos dexen descansar el tiempo que la necesidad pide, sino que quieren que seamos hechos de piedra mármol? Por Dios y en mi conciencia, que si me dura el gobierno (que no durará segun se me trasluce) que yo pondrá en pretina á mas de un negociante. Agora decid á ese buen hombre que entre; pero adviértase primero, no sea alguno de los espías, ó matador mio. No señor, respondió el page, porque parece una alma de cántaro, y yo sé poco, ó él es tan bueno como el buen pan. No hay que temer, dixo el mayordomo, que aquí estamos todos. ¿Seria posible, dixo Sancho, maestresala, que agora que no está aquí el Doctor Pedro Recio, que comiese yo alguna cosa de peso y de sustancia, aunque fuese un pedazo de pan, y una cebolla? Esta noche á la cena se satisfará la falta de la comida, y quedará V. S. satisfecho y pagado, dixo el maestresala. Dios lo haga, respondió Sancho, y en esto entró el labrador, que era de muy buena presencia, y de mil leguas se le echaba de ver

que era bueno y buena alma. Lo primero que dixo fué: ¿quien es aquí el señor Gobernador? Quien ha de ser, respondió el secretario, sino el que está sentado en la silla. Humíllome pues á su presencia, dixo el labrador, y poniéndose de rodillas, le pidió la mano para besársela. Negósele Sancho, y mandó que se levantasé y dixese lo que quisiese. Hízolo así el labrador, y luego dixo: yo, señor, soy labrador, natural de Miguel Turra, un Lugar que está dos leguas de Ciudad Real. ¿Otro Tirteafuera tenemos? dixo Sancho: decid, hermano, que lo que yo os sé decir, es, que sé muy bien á Miguel Turra, y que no está muy lejos de mi pueblo. Es pues el caso, señor, prosiguió el labrador, que yo por la misericordia de Dios soy casado en paz y en haz de la Santa Iglesia Católica Romana: tengo dos hijos estudiantes, que el menor estudia para Bachiller, y el mayor para Licenciado: soy viudo, porque se murió mi muger, ó por mejor decir, me la mató un mal médico, que la purgó estando preñada, y si Dios fuera servido que saliera á luz el parto, y fuera hijo, yo le pusiera á estudiar para Doctor, porque no tuviera invidia á sus hermanos el Bachiller y el Licenciado. De

modo, dixo Sancho, que si vuestra muger no se hubiera muerto, ó la hubieran muerto, vos no fuéades agora viudo. No señor, en ninguna manera, respondió el labrador. Medrados estamos, replicó Sancho: adelante hermano, que es hora de dormir, mas que de negociar. Digo pues, dixo el labrador, que este mi hijo, que ha de ser Bachiller, se enamoró en el mismo pueblo de una doncella, llamada Clara Perlerina, hija de Andrés Perlerino, labrador riquísimo: y este nombre de Perlerines no les viene de abolengo; ni otra alcurnia, sino porque todos los deste linage son perláticos, y por mejorar el nombre los llaman Perlerines, aunque si va á decir la verdad, la doncella es como una perla oriental, y mirada por el lado derecho parece una flor del campo, por el izquierdo no tanto, porque le falta aquel ojo, que se le saltó de viruelas: y aunque los hoyos del rostro son muchos y grandes, dicen los que la quieren bien, que aquellos no son hoyos, sino sepulturas donde se sepultan las almas de sus amantes. Es tan limpia, que por no ensuciar la cara, trae las narices, como dicen, arremangadas, que no parece sino que van huyendo de la boca, y con todo esto pare-

ce bien por extremo, porque tiene la boca grande, y á no faltarle diez ó doce dientes y muelas, pudiera pasar y echar raya entre las mas bien formadas. De los labios no tengo que decir, porque son tan sutiles y delicados, que si se usaran asparlabios, pudiera hacer dellos una madexa; pero como tienen diferente color de la que en los labios se usa comunmente, parecen milagrosos, porque son jaspeados de azul y verde y aberengenzado: y perdóneme el señor Gobernador, si por tan menudo voy pintando las partes de la que al fin al fin ha de ser mi hija, que la quiero bien, y no me parece mal. Pintad lo que quisieredes, dixo Sancho, que yo me voy recreando en la pintura, y si hubiera comido, no hubiera mejor postre para mí que vuestro retrato. Eso tengo yo por servir, respondió el labrador; pero tiempo vendrá en que seamos, si ahora no somos, y digo señor, que si pudiera pintar su gentileza y la altura de su cuerpo, fuera cosa de admiracion; pero no puede ser, á causa de que ella está agobiada y encogida, y tiene las rodillas con la boca, y con todo eso se echa bien de ver, que si se pudiera levantar, diera con la cabeza en el techo, y ya ella hubiera dado la mano de es-

posa á mi Bachiller, sino que no la puede extender, que está añudada, y con todo en las uñas largas y acanaladas se muestra su bondad y buena hechura. Está bien, dixo Sancho, y haced cuenta, hermano, que ya la habeis pintado de los pies á la cabeza: ¿que es lo que queréis ahora? y venid al punto sin rodeos, ni callejuelas, ni retazos, ni añadiduras. Querria, señor, respondió el labrador, que Vuesa Merced me hiciese merced de darme una carta de favor para mi consuegro, suplicándole sea servido de que este casamiento se haga, pues no somos desiguales en los bienes de fortuna, ni en los de la naturaleza, porque para decir la verdad, señor Gobernador, mi hijo es endemoniado, y no hay dia que tres ó quatro veces no le atormenten los malignos espiritus: y de haber caido una vez en el fuego, tiene el rostro arrugado como pergamino, y los ojos como llorosos y manantiales; pero tiene una condicion de un Ángel, y sino es que se aporrea y se da de puñadas el mismo á sí mesmo, fuera un bendito. ¿Queréis otra cosa, buen hombre? replicó Sancho. Otra cosa querria, dixo el labrador, sino que no me atrevo á decirlo; pero vaya, que en fin no se me ha de podrir en

el pecho, pegue, ó no pegue. Digo, señor, que querria que Vuesa Merced me diese trecientos, ó seiscientos ducados para ayuda de la dote de mi Bachiller: digo para ayuda de poner su casa, porque en fin han de vivir por sí, sin estar sujetos á las impertinencias de los suegros. Mirad si queréis otra cosa, dixo Sancho, y no la dexéis de decir por empacho, ni por vergüenza. No por cierto, respondió el labrador: y apenas dixo esto, quando levantándose en pie el Gobernador, asió de la silla en que estaba sentado, y dixo: voto á tal Don patan, rústico y mal mirado, que si no os apartáis y ascondeis luego de mi presencia, que con esta silla os rompa y abra la cabeza. Hideputa bellaco, pintor del mesmo demonio ¿y á estas horas te vienes á pedirme seiscientos ducados? ¿y donde los tengo yo, hediondo? ¿y porque te los habia de dar, aunque los tuviera, socarron y mentecato? ¿y que se me da á mí de Miguel Turra, ni de todo el linage de los Perlerines? Va de mí, digo, si no, por vida del Duque mi señor, que haga lo que tengo dicho. Tú no debes de ser de Miguel Turra, sino algun socarron, que para tentarme te ha enviado aquí el infierno. Dime, desalmado, aun

no ha día y medio que tengo el gobierno, ¿y ya quieres que tenga seiscientos ducados? Hizo de señas el maestresala al labrador, que se saliese de la sala, el qual lo hizo cabizbaxo, y al parecer temeroso de que el Gobernador no executase su cólera, que el bellacon supo ⁴³ hacer muy bien su oficio. Pero dexemos con su cólera á Sancho, y ándese la paz en el corro y volvamos á Don Quixote, que le dexámos vendado el rostro, y curado de las gategasca heridas, de las quales no sanó en ocho días: en uno de los quales le sucedió lo que Cide Hamete promete de contar con la puntualidad y verdad que suele contar las cosas de esta historia, por mínimas que sean.

CAPÍTULO XLVIII.

De lo que le sucedió á Don Quixote con Doña Rodríguez la dueña de la Duquesa, con otros acontecimientos dignos de escritura y de memoria eterna.

Ademas estaba mohino y malencólico el mal ferido Don Quixote, vendado el rostro, y señalado, no por la mano de Dios, sino por las uñas de un gato: des-

dichas anexas á la andante caballería. Seis días estuvo sin salir en público, en una noche de las quales estando despierto y desvelado, pensando en sus desgracias y en el perseguimiento de Altisidora, sintió que con una llave abrian la puerta de su aposento, y luego imaginó que la enamorada doncella venia para sobresaltar su honestidad, y ponerle en condicion de faltar á la fe que guardar debía á su señora Dulcinea del Toboso. No, dixo, creyendo á su imaginacion, (y esto con voz que pudiera ser oida) no ha de ser parte la mayor hermosura de la tierra, para que yo dexé de adorar la que tengo grabada y estampada en la mitad de mi corazon y en lo mas escondido de mis entrañas, ora estés, señora mia, transformada en cebolluda labradora, ora en Ninfa del dorado Tajo, texiendo telas de oro y sirgo compuestas, ora te tenga Merlin, ó Montesinos donde ellos quisieren, que adonde quiera eres mia, y á do quiera he sido yo y he de ser tuyo. El acabar estas razones y el abrir de la puerta fué todo uno. Púsose en pie sobre la cama, envuelto de arriba abaxo en una colcha de raso amarillo, una galocha en la cabeza, y el rostro y los bigotes vendados, el rostro, por los

arños , los bigotes , porque no se le desmayasen , y cayesen : en el qual trage parecia la mas extraordinaria fantasma que se pudiera pensar. Clavó los ojos en la puerta , y quando esperaba ver entrar por ella á la rendida y lastimada Altisidora , vió entrar á una reverendísima dueña con unas tocas blancas repulgadas y luengas , tanto , que la cubrian y enmantaban desde los pies á la cabeza. Entre los dedos de la mano izquierda traía una media vela encendida , y con la derecha se hacia sombra , porque no le diese la luz en los ojos , á quien cubrian unos muy grandes anteojos : venia pisando quedito , y movia los pies blandamente. Miróla Don Quixote desde su atalaya , y quando vió su adelifio y notó su silencio , pensó que alguna bruxa , ó maga venia en aquel trage á hacer en él alguna mala fechoría , y comenzó á santiguarse con mucha priesa. Fuése llegando la vision , y quando llegó á la mitad del aposento , alzó los ojos , y vió la priesa con que se estaba haciendo cruces Don Quixote , y si él quedó medroso en ver tal figura , ella quedó esparada en ver la suya , porque así como le vió tan alto y tan amarillo con la colcha y con las vendas que le desfiguraban , dió una gran voz ,

diciendo : Jesus ! ¿ que es lo que veo ? y con el sobresalto se le cayó la vela de las manos , y viéndose á oscuras , volvió las espaldas para irse , y con el miedo tropezó en sus faldas y dió consigo una gran caída. Don Quixote temeroso comenzó á decir : conjúrote , fantasma , ó lo que eres , que me digas quien eres , y que me digas que es lo que de mí quieres. Si eres alma en pena , dímelo , que yo haré por ti todo quanto mis fuerzas alcanzaren , porque soy católico christiano , y amigo de hacer bien á todo el mundo , que para esto tomé la órden de la caballería andante que profeso , cuyo exercicio aun hasta hacer bien á las ánimas del purgatorio se extiende. La brumada dueña , que oyó conjurarse , por su temor coligió el de Don Quixote , y con voz afligida y baxa le respondió : señor Don Quixote , (si es que acaso Vuesa Merced es Don Quixote) yo no soy fantasma , ni vision , ni alma de purgatorio , como Vuesa Merced debe de haber pensado , sino Doña Rodriguez , la dueña de honor de mi señora la Duquesa , que con una necesidad , de aquellas que Vuesa Merced suele remediar , á Vuesa Merced vengo. Dígame , señora Doña Rodriguez , dixo Don Quixote , ¿ por ventura

viene Vuesa Merced á hacer alguna tercera? porque le hago saber, que no soy de provecho para nadie: merced á la sin par belleza de mi señora Dulcinea del Toboso. Digo en fin, señora Doña Rodriguez, que como Vuesa Merced salve y dexé á una parte todo recado amoroso, puede volver á encender su vela, y vuelva y departirémos de todo lo que mas mandare y mas en gusto le viniere, salvando, como digo, todo incitativo melindre. ¿Yo recado de nadie, señor mio? respondió la dueña: mal me conoce Vuesa Merced: sí que aun no estoy en edad tan prolongada, que me acoja á semejantes niñerías, pues Dios loado, mi alma me tengo en las carnes, y todos mis dientes y muelas en la boca, amen de unos pocos que me han usurpado unos catarros, que en esta tierra de Aragon son tan ordinarios. Pero espéreme Vuesa Merced un poco, saldre á encender mi vela, y volveré en un instante á contar mis cuitas, como á remediator de todas las del mundo: y sin esperar respuesta se salió del aposento, donde quedó Don Quixote sosegado y pensativo esperándola; pero luego le sobreviniéron mil pensamientos acerca de aquella nueva aventura: y parecia ser mal hecho y peor pensado po-

nerse en peligro de romper á su señora la fe prometida, y decíase á sí mismo: ¿quien sabe si el diablo, que es sutil y mañoso, querrá engañarme agora con una dueña, lo que no ha podido con Emperatrices, Reynas, Duquesas, Marquesas, ni Condesas? que yo he oido decir muchas veces, y á muchos discretos, que si él puede, ántes os la dará roma, que aguiluña, ¿y quien sabe si esta soledad, esta ocasion y este silencio despertará mis deseos que duermen, y harán que al cabo de mis años venga á caer donde nunca he tropezado? y en casos semejantes mejor es huir que esperar la batalla. Pero yo no debo de estar en mi juicio, pues tales disparates digo y pienso, que no es posible que una dueña toquiblanca, larga y antojuna pueda mover, ni levantar pensamiento lascivo en el mas desalmado pecho del mundo: ¿por ventura hay dueña en la tierra, que tenga buenas carnes? ¿por ventura hay dueña en el orbe, que dexé de ser impertinente, fruncida y melindrosa? afuera pues, catarva dueñesca, inútil para ningún humano regalo: ¡ó quan bien hacia aquella señora de quien se dice, que tenia dos dueñas de bulto con sus antojos y almohadillas al cabo de su estrado, co-

mo que estaban labrando , y tanto le servian para la autoridad de la sala aquellas estatuas , como las señas verdaderas ! Y diciendo esto se arrojó del lecho con intencion de cerrar la puerta y no dexar entrar á la señora Rodriguez ; mas quando la llegó á cerrar , ya la señora Rodriguez volvia , encendida una vela de cera blanca , y quando ella vió á Don Quixote de mas cerca envuelto en la colcha , con las vendas , galocha , ó becoquin , temió de nuevo , y retirándose atras como dos pasos , dixo : ¿ estamos seguras , señor caballero ? porque no tengo á muy honesta señal haberse Vuesa Merced levantado de su lecho. Eso mesmo es bien que yo pregunte , señora , respondió Don Quixote : y así pregunto , si estaré yo seguro de ser acometido y forzado. ¿ De quien , ó á quien pedis , señor caballero , esa seguridad ? respondió la dueña. Á vos y de vos la pido , replicó Don Quixote , porque ni yo soy de mármol , ni vos de bronce , ni ahora son las diez del dia , sino media noche , y aun un poco mas , segun imagino , y en una estancia mas cerrada y secreta , que lo debió de ser la cueva donde el traydor y atrevido Enéas gozó á la hermosa y piadosa Dido. Pero dadme , señora , la mano , que yo no

quiero otra seguridad mayor , que la de mi continencia y recato , y la que ofrecen esas reverendísimas tocas : y diciendo esto , besó su derecha mano , y la asió de la suya , que ella le dió con las mismas ceremonias. Aquí hace Cide Hamete un paréntesis , y dice , que por Mahoma , que diera por ver ir á los dos así asidos y trabados desde la puerta al lecho la mejor almalfa de dos que tenia. Entróse en fin Don Quixote en su lecho , y quedóse Doña Rodriguez sentada en una silla algo desviada de la cama , no quitándose los antojos , ni la vela. Don Quixote se acorruco , y se cubrió todo , no dexando mas del rostro descubierto : y habiéndose los dos ssegado , el primero que rompió el silencio fué Don Quixote , diciendo : puede Vuesa Merced ahora , mi señora Doña Rodriguez , descoserse y desbuchar todo aquello que tiene dentro de su cuitado corazon y lastimadas entrañas , que será de mí escuchada con castos oidos , y socorrida con piadosas obras. Así lo creo yo , respondió la dueña , que de la gentil y agradable presencia de Vuesa Merced no se podia esperar sino tan christiana respuesta. Es pues el caso , señor Don Quixote , que aunque Vuesa Merced me ve sentada en

esta silla y en la mitad del reyno de Aragón, y en hábito de dueña anquilada y asendereada, soy natural de las Asturias de Oviedo, y de linage que atraviesan por él muchos de los mejores de aquella provincia; pero mi corta suerte y el descuido de mis padres, que empobreciéron ántes de tiempo sin saber como, ni como no, me truxéron á la corte de Madrid, donde por bien de paz y por excusar mayores desventuras, mis padres me acomodáron á servir de doncella de labor á una principal señora: y quiero hacer sabidor á Vuesa Merced, que en hacer vaynillas y labor blanca ninguna me ha echado el pie adelante en toda la vida. Mis padres me dexáron sirviendo, y se volviéron á su tierra, y de allí á pocos años se debiéron de ir al cielo, porque eran ademas buenos y católicos christianos. Quedé huérfana, y atendida al miserable salario y á las angustiadas mercedes, que á las tales criadas se suele dar en palacio, y en este tiempo, sin que diese yo ocasion á ello, se enamoró de mí un escudero de casa, hombre ya en días, barbudo y apersonado, y sobre todo hidalgo como el Rey, porque era montañés. No tratámos tan secretamente nuestros amores, que no viniesen á noticia

de mi señora, la qual por excusar dimes y diretes, nos casó en paz y en haz de la Santa Madre Iglesia Católica Romana, de cuyo matrimonio nació una hija para rematar con mi ventura, si alguna tenia, no porque yo muriese del parto, que le tuve derecho y en sazón, sino porque desde allí á poco murió mi esposo de un cierto espanto que tuvo, que á tener ahora lugar para contarle, yo sé que Vuesa Merced se admirara: y en esto comenzó á llorar tiernamente, y dixo: perdóneme Vuesa Merced, señor Don Quixote, que no va mas en mi mano, porque todas las veces que me acuerdo de mí mal logrado, se me arrasan los ojos de lágrimas. ¿Válame Dios, y con que autoridad llevaba á mi señora á las ancas de una poderosa mula, negra como el mismo azabache! que entónces no se usaban coches, ni sillas, como agora dicen que se usan, y las señoras iban á las ancas de sus escuderos: esto á lo ménos no puedo dexar de contarlo, porque se note la crianza y puntualidad de mi buen marido. Al entrar de la calle de Santiago en Madrid, que es algo estrecha, venia á salir por ella un Alcalde de corte, con dos alguaciles delante, y así como mi buen escudero le vió, volvió

las riendas á la mula, dando señal de volver á acompañarle. Mi señora, que iba á las ancas, con voz baxa le decia: ¿que habeis desventurado, no veis que voy aquí? El Alcalde de comedido detuvo la rienda al caballo, y dioxle: seguid, señor, vuestro camino, que yo soy el que debo acompañar á mi señora Doña Casilda, que así era el nombre de mi ama. Todavía porfiaba mi marido con la gorra en la mano á querer ir acompañando al Alcalde. Viendo lo qual mi señora, llena de cólera y enojo, sacó un alfiler gordo, ó creo que un punzon del estuche, y clavósele por los lomos, de manera que mi marido dió una gran voz, y torció el cuerpo de suerte, que dió con su señora en el suelo. Acudiéron dos lacayos suyos á levantarla, y lo mismo hizo el Alcalde y los alguaciles. Alborotóse la puerta de Guadalaxara, digo la gente baldía que en ella estaba. Vino-se á pie mi ama, y mi marido acudió en casa de un barbero, diciendo que llevaba pasadas de parte á parte las entrañas. Divulgóse la cortesía de mi esposo, tanto, que los muchachos le corrían por las calles, y por esto y porque él era algun tanto corto de vista, mi señora la Duquesa le despidió, de cuyo pesar sin duda al-

guna tengo para mí, que se le causó el mal de la muerte. Quedé yo viuda y desamparada y con hija á cuestras, que iba creciendo en hermosura, como la espuma de la mar. Finalmente, como yo tuviese fama de gran labradora, mi señora la Duquesa que estaba recién casada con el Duque mi señor, quiso traerme consigo á este reyno de Aragon, y á mi hija ni mas ni ménos, adonde yendo dias y viniendo dias, creció mi hija y con ella todo el donayre del mundo: canta como una calandria, danza como el pensamiento, bayla como una perdida, lee y escribe como un maestro de escuela, y cuenta como un avariento: de su limpieza no digo nada, que el agua que corre no es mas limpia, y debe de tener agora, si mal no me acuerdo, diez y seis años, cinco meses y tres dias, uno mas á menos. En resolucion, desta mi muchacha se enamoró un hijo de un Labrador riquísimo, que está en una aldea del Duque mi señor, no muy léjos de aquí. En efecto no sé como, ni como no, ellos se juntáron, y debaxo de la palabra de ser su esposo burló á mi hija, y no se la quiere cumplir: y aunque el Duque mi señor lo sabe, porque yo me he quedado á él, no una, sino muchas veces, y

pedídale mande, que el tal labrador se case con mi hija, hace orejas de mercader, y apenas quiere oírme, y es la causa, que como el padre del burlador es tan rico, y le presta dineros, y le sale por fiador de sus trampas por momentos, no le quiere descontentar, ni dar pesadumbre en ningún modo. Querria pues, señor mio, que Vuesa Merced tomase á cargo el deshacer este agravio, ó ya por ruegos, ó ya por armas, pues segun todo el mundo dice, Vuesa Merced nació en él para deshacerlos, y para enderezar los tuertos y amparar los miserables, y póngasele á Vuesa Merced por delante la horfandad de mi hija, su gentileza, su mocedad, con todas las buenas partes que he dicho que tiene, que en Dios y en mi conciencia, que de quantas doncellas tiene mi señora, que no hay ninguna que llegue á la suela de su zapato: y que una que llaman Altisidora, que es la que tienen por mas desenvuelta y gallarda, puesta en comparacion de mi hija no la llega con dos leguas: porque quiero que sepa Vuesa Merced, señor mio, que no es todo oro lo que reluce, porque esta Altisidorilla tiene mas de presuncion, que de hermosura, y mas de desenvuelta, que de recogida: ademas, que no está

muy sana, que tiene un cierto aliento cansado, que no hay sufrir el estar junto á ella un momento, y aun mi señora la Duquesa.... Quiero callar, que se suele decir que las paredes tienen oídos. ¿Que tiene mi señora la Duquesa por vida mia, señora Doña Rodriguez? preguntó Don Quixote. Con ese conjuro, respondió la dueña, no puedo dexar de responder á lo que se me pregunta con toda verdad. ¿Ve Vuesa Merced, señor Don Quixote, la hermosura de mi señora la Duquesa, aquella tez de rostro, que no parece sino de una espada acicalada y tersa, aquellas dos mejillas de leche y de carmin, que en la una tiene el sol y en la otra la luna, y aquella gallardía con que va pisando y aun despreciando el suelo, que no parece sino que va derramando salud donde pasa? Pues sepa Vuesa Merced, que lo puede agradecer primero á Dios, y luego á dos fuentes que tiene en las dos piernas, por donde se desagua todo el mal humor, de quien dicen los médicos que está llena. ¡Santa María! dixo Don Quixote, ¿y es posible, que mi señora la Duquesa tenga tales desaguaderos? No lo creyera, si me lo dixeran frayles descalzos; pero pues la señora Doña Rodriguez lo dice, debe

de ser así; pero tales fuentes y en tales lugares no deben de manar humor, sino ámbar líquido. Verdaderamente que ahora acabo de creer, que esto de hacerse fuentes debe de ser cosa importante para la salud. Apenas acabó Don Quixote de decir esta razon, quando con un gran golpe abrieron las puertas del aposento, y del sobresalto del golpe se le cayó á Doña Rodriguez la vela de la mano, y quedó la estancia como boca de lobo, como suele decirse. Luego sintió la pobre dueña, que la asian de la garganta con dos manos tan fuertemente, que no la dexaban ganír, y que otra persona con mucha presteza, sin hablar palabra le alzaba las faldas, y con una, al parecer, chinela le comenzó á dar tantos azotes, que era una compasion: y aunque Don Quixote se la tenia, no se meneaba del lecho, y no sabia que podia ser aquello, y estabase quedo y callando, y aun temiendo no viniese por él la tanda y tunda azotesca: y no fué vano su temor, porque en dexando molida á la dueña los callados verdugos, la qual no osaba quejarse, acudieron á Don Quixote, y desenvolviéndole de la sábana y de la colcha, le pellizcáron tan á menudo y tan reciamente, que no pudo dexar de defen-



*Salto y Anot. Carricera la abba**

M. S. Carricera la grabó

derse á puñadas , y todo esto en silencio admirable. Duró la batalla casi media hora : salieron las fantasmas , recogió Doña Rodriguez sus faldas , y gimiendo su desgracia se salió por la puerta afuera sin decir palabra á Don Quixote , el qual doloroso y pellizcado , confuso y pensativo , se quedó solo , donde le dexarémos deseoso de saber quien habia sido el perverso encantador que tal le habia puesto : pero ello se dirá á su tiempo , que Sancho Panza nos llama y el buen concierto de la historia lo pide.

CAPÍTULO XLIX.

De lo que le sucedió á Sancho Panza rondando su Insula.

Dexámos al gran Gobernador enojado y mohino con el Labrador pintor y socarron , el qual industriado del mayordomo , y el mayordomo del Duque , se burlaban de Sancho ; pero él se las tenia tiesas á todos , magüera tonto , bronco y rollizo , y dixo á los que con él estaban y al Doctor Pedro Recio , que como se acabó el secreto de la carta del Duque habia vuelto á entrar en la sala : ahora verdaderamente